Comunicación fallida

Angélica Koncurat Savid

Capítulo 1

La abuela de Fausto miró para otro lado cuando su nieto le contó que se había bajado una nueva… ¿Qué era? Pap, lap… ¡app! Para ella no tenía sentido. Todo el día con el telefonito en la mano. A parte… ¿bajar de dónde? Del cielo la veía muy difícil. ¿Del techo? Ella no veía nada en el techo, y no la podían contradecir porque el año pasado se había operado de cataratas y tenía la visión tan clara como a los quince.

Lo cierto era que toda esa terminología la tenía cansada. Y para no preguntar, lo cual equivalía a ganarse miradas de hastío e impaciencia de parte de sus familiares, se quedaba callada. Se hacía la tonta. En sus tiempos una red era una red. Podía usarse para el pelo o para los peces del mar, pero la veías. Una nube era una nube, y si estaba gris, significaba tormenta. Por suerte ya habían dejado de lado la etapa del "ratón". ¡Qué nerviosa que se ponía cuando hablaban del ratón! Una vez, en el galpón de su casa, se había enfrentado cara a cara con un ratón enorme; le había visto los dientes chiquitos y afilados y los ojos rojos… La anciana se estremeció, pero procuró que no se notara.

Era domingo y Fausto había ido a almorzar con ella acompañado de su padre, casi por cortesía. Su querida hija, Caro, Carolita, había fallecido unos años atrás en un accidente automovilístico horrible. Esos coches del demonio… Ahora la relación con su marido y su hijo era más que nada cortesía. Venían a comer un domingo de por medio y hablaban de cosas triviales, si es que lograban entablar conversación. La mitad de las veces ella pretendía hacerse la sorda y ellos no se gastaban en subir el tono de voz. Estaba claro que era una prueba. Chicha oía perfectamente, pero no creía que eran dignos de ella si ni siquiera se esforzaban un poquito. Ah… ¡si estuviera la Carito! ¡Qué sol! ¡Qué bien educada! ¡Hasta la acompañaba a misa! Estos dos zánganos… no se darían cuenta si tuviesen al mismísimo Diablo ante los ojos. Igual los quería. Después de todo, Fausto era su único nieto y por alguna razón su hija había querido casarse con Martín.

Se hallaba sentada en la mecedora. Martín se había acostado a dormir la siesta. Después del intento fallido de entablar conversación con ella, Fausto se había colocado en el sillón y le daba al telefonito con los dos pulgares. Chicha miraba con atención ¡Ni botones tenía eso! Se acordó de aquellos años en los que él era un niñito y venía a jugar con la Yaya. ¡Cómo se divertían! Armaban casitas de lego, jugaban a las cartas, hasta se había vuelto bueno en el chichón. ¡Qué orgullo! Pero ahora todo había cambiado. Apartó por un segundo su vista y la concentró en el retrato que descansaba sobre la cómoda del lado opuesto. Qué bella era su nena. Suspiró y decidió que lo intentaría una vez más.

–Nene… Nene –Fausto ni se inmutó. Iba a tener que hablar más fuerte–. Che, Faustito… –Esta vez consiguió un rápido reboleo de ojos–. Contale a la abuela qué estás haciendo. Cuando me dijiste lo de la papa nueva estaba pensando en otra cosa. –Ahora sí consiguió una mirada fija y una sonrisa.

–Se llama app abuela, de aplicación –Chicha sonrió, aplicar, me aplico maquillaje, pensó. Pero no dijo nada.

–¿Y para qué sirve?

Fausto se encongió de hombros.

–No sé. En realidad es un juego. Vos te la descargás de la playstore y te armás un usuario. El juego te da súperpoderes y el objetivo es ganarle a los otros competidores. Está bueno porque es un juego en línea y en tiempo real. Lo malo es que es un poco pesado y enseguida se te llena la caché. Pero, por suerte, papá me compró este que tiene más de sesenta gigas de memoria y es todo terreno.

Chicha lo miró por unos segundos, pensando a toda velocidad qué decir. "Ajá" fueron las únicas tres letras que salieron de su boca. Prefirió ir por la única parte que entendió de todo eso.

–¿Superpoderes dijiste?

–Claro. Tenés que ir juntando piedras mágicas que te van destrabando habilidades. La primera te deja leer la mente y así anticipás qué es lo que va a hacer tu oponente. Te aparece escrito en la pantalla. Después otra te permite ver los libros secretos y cada vez que encontrás uno, adquirís un nuevo conocimiento. La roja te carga vida.

–¿¡Cómo te carga vida?! – esa piedra a Chicha le vendría muy bien. Fausto sonrió.

–En el juego. Te hace rejuvencer así podés jugar por más tiempo. ¿Querés ver?

Chicha dijo que sí. Fausto se acercó a ella y observó la pantalla que estaba llena de colores chillantes y dibujitos que se movían. Cuando el hombrecito que aparecía ahí se acercaba una piedra, aparecía un circulito con otro dibujo adentro con un cartel que decía: "¡Excelente!". La anciana se quedó muda y miró con horror a su nieto.

–Ay, Faustito, qué nombre eligió para vos tu madre. Estabas destinado, yo no lo puedo creer. Te lo pido por favor ¡Soltá eso ya!

Fausto la observó sin entender. El miedo crecía en el interior de Chicha. ¿Y si ya era demasiado tarde? Porque si estaba jugando algo tendría que haber aceptado. Su nieto, su bebé, persiguiendo fines egoístas y maliciosos con tan solo quince años. El mal del mundo lo había agarrado. Y pensar que ella había rezado tanto. No se puede querer saberlo todo y poseerlo todo.

–¡Fausto! Dejá eso. ¿No ves quién está ahí?

–Abuela, calmate, no pasa nada. No voy a parar porque es en línea y sino pierdo.

¡Línea! ¡Qué línea! La línea la había cruzado él.

–Vos firmaste un contrato, yo lo sé. Jurame que no firmaste nada ¡Por favor!

–Abuela, ¿De qué hablas?

–Hacé memoria, hijo, te lo pido. Al principio es todo lindo y bueno, pero después pasan cosas terribles. ¡Terribles! ¡¿Aceptaste un contrato?!

Fausto la miraba perplejo. No le gustaba cuando la abuela se ponía a desvariar.

–Acepté los términos y condiciones de uso…

Chicha se santiguó. Ya estaba… su único nieto, maldito. Sintió que el corazón se le partía.

–Ay Faustito… ¿Pero no ves que ese que te dice excelente y bien hecho es Belcebú? Yo sabía, yo sabía que tenía que cuidarte más… perdoname Carito mía, perdoname.